

LIBROS

El eterno heterodoxo

Lukacs habla del mundo

Georg Lukacs tenía ochenta y un años en septiembre de 1966 cuando recibió la visita de tres profesores de filosofía alemanes —Alemania occidental— que iban a conversar con él, en su casa de Budapest, acerca de los puntos esenciales de su pensamiento. Conversaron durante varias horas al día en cuatro días consecutivos. El resultado es un libro fascinante que se publica ahora en España (1).

GEORG LUKACS.—Nacido en 1885 en el seno de una fa-

(1) Holz, Korler y Abendroth, «Conversaciones con Lukacs», Alianza Editorial.

milia significativamente capitalista —su padre era director del Banco más importante de Hungría— Lukacs tuvo una inclinación temprana por las cuestiones especulativas del pensamiento. Pasó por las Universidades alemanas, tuvo como profesores a Simmel y a Max Weber, vivió en el gran auge de la filosofía neokantiana, se detuvo después en Hegel y, a través de Hegel, llegó al marxismo. Su afiliación al partido comunista fue tardía: a los treinta y tres años. El breve gobierno comunista de Bela Kun, en 1919, le elevó al poder político, como comisario de Cultura. En esa época había publicado ya dos libros, que siguen siendo fundamentales: «El alma y la forma» y «Teoría de la novela». Cuando cayó el régimen de Bela Kun, Lukacs tuvo que emigrar a Viena: los cuatro meses de comisario de Cultura le valieron diez años de exilio. En ellos escribió su obra monumental, «Historia y consciencia de clases», y fue redactor jefe de la revista «Kommunismus». Fue agríamente combatido por los mar-

xistas ortodoxos como «revisionistas». En 1925 debió hacer una primera autocritica. La ascensión de Hitler al poder le llevó de nuevo al exilio, esta vez en la URSS. En 1929 fue atacado por desviacionista de derechas y debió hacer una segunda autocritica. La tercera autocritica es de 1949. Había regresado a su país, ya con régimen comunista y era miembro del Parlamento, cuando el ministro de Cultura —Reval— le consideró culpable de «cosmopolitismo» y de «subestimación del realismo socialista». En 1956 se produjo la revuelta de Budapest y Lukacs se sumó al intento de Imre Nagy de renovar el comunismo, rápidamente desbordado por otras fuerzas. Lukacs formó parte del gobierno Nagy: esta vez su ejercicio del poder duró cuatro días y le costó refugiarse en la Embajada de Yugoslavia y ser deportado a Rumania. Fue después readmitido en su país, pero esta vez se negó ya al ejercicio de la autocritica. Se dedica a la actualización de su inmensa obra, a una especie de «Suma filosó-

fica» de la que ya se publicó en 1963 un primer volumen, la «Estética». El segundo volumen es una «Ontología».

EL PENSAMIENTO.—Es prácticamente imposible resumir el pensamiento de Lukacs en unas líneas. En un principio, parte de las nociones de «autenticidad» y de «inautenticidad» de la vida del individuo, vivida con referencia a un punto fijo; la muerte. Sería inauténtica la vida concebida como ilusión o como evasión; la vida «intramundana», la adaptación a las formas sociales, carece de sentido. Sería, en cambio, auténtica una vida que tuviera consciencia de sus propios límites, que aceptara la soledad y el rechazo. Exite, sin embargo, la posibilidad de una existencia histórica auténtica, la cual conduce al porvenir de la comunidad. En el centro de esa existencia histórica está la consciencia de clase que tiene un carácter de infalibilidad. La consciencia de clase es independiente de las condiciones políticas y económicas y se forma por la vía del exa-

men individual de los acontecimientos. El conocimiento verdadero de lo real no se distingue de la práctica revolucionaria. La revolución es una «forma» global, una estructura dinámica significativa. Sobre estas bases, el pensamiento de Lukacs es móvil, variable. Sería erróneo creer que sus autocriticas fueron forzadas. El desarrollo de los acontecimientos europeos —la falta de revoluciones, que hubieran sido el corolario de su tesis, la llegada del nazismo— desmentían por sí mismos el valor de algunas de sus teorías. Lukacs se reconoció como idealista y admitió que «el frente del idealismo es el frente de la contrarrevolución fascista y sus cómplices, los socialfascistas» (era la época de la lucha contra la socialdemocracia). «Cada concesión al idealismo, por insignificante que sea, significa peligro para la revolución proletaria».

EL LIBRO.—El hecho de haber sido un pensador siempre en crisis hace a Lukacs especialmente útil en este momento de crisis de la filosofía.

ARTE

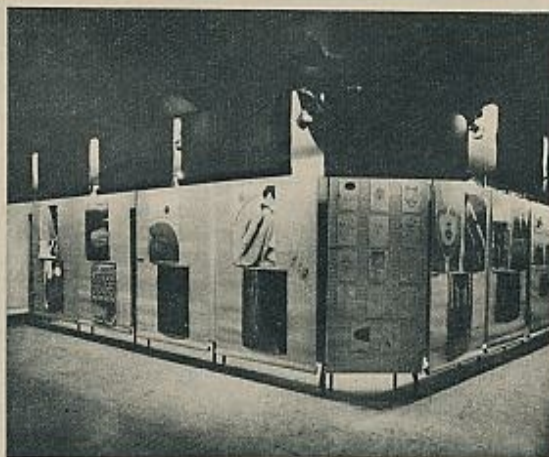
La pintura hace ya mucho tiempo que rompió sus propias barreras limitativas. Por una parte, porque realizó una invasión, desde su propio ámbito, de una serie de campos de aplicación que tradicionalmente le estaban vedados, porque pertenecían a una actividad relacionada con un pragmatismo más directo y deliberado: por ejemplo, el diseño industrial y el ámbito publicitario. Por otra, porque quiso poner en cuestión su vieja servidumbre estética y, al margen de la estética, o quizá contra ella, lanzarse a un arte en el que la condición testimonial monopolice totalmente al organismo de la obra sin concederle la más mínima tregua a ningún tipo de belleza confortable.

Veamos un ejemplo de cada una de esas dos actitudes en las exposiciones españolas de estos días.

Design Investigacions Gráficas

Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares (Barcelona)

Cinco nombres italianos intervienen en esta exposición: Giulio Confalonieri, Silvio Coppola, Franco Grignani, Bruno Munari y Pino Tovaglia. Ahí querria terminar el protagonismo personal de estos cinco creadores, pues su intención, a largo plazo, es diluir lo que pudiera haber de genialidad diferenciada en una originalidad de grupo o de sistema. El «diseño», en el más alto sentido de la palabra, vendría a ser efectivamente esto en el momento en que se lograra verdaderamente. El diseño pretende ser un proyecto válido para el mundo a partir de una imagen del mundo organizada sobre datos objetivos y computables. El diseño, en tal sentido, pretende organizarse sobre leyes y números, y no, como la obra de arte, en juicios de valor... Pero ocurre, y ahí está la contradicción, al menos aparente, que esos diseños, los más directamente publicitarios, pretenden sugerir, influir, provocar una repulsa o una adhe-



Design Investigacions Gráficas.

sión hacia ciertos productos o hasta ciertas actitudes...

Los artistas participantes tienen un interés especial en hacer constar que ellos no son artistas. Es natural: ellos llevan a sus personas hasta las últimas consecuencias de una actitud que quiere ser llevada hasta sus últimas consecuencias. El arte, tal y como lo entendemos clásicamente, es una imagen del mundo vista a través de una personalidad. La segunda condición, la de la

mediatización de la personalidad, se pretende —al menos— suprimirla... ¿Se le puede continuar llamando arte a tal producto?

Lo que ocurre es que quien realiza el arte, aun cuando sea contra el arte, continúa siendo un artista. Y lo que estos creadores no han podido hacer es extirpar completamente de su mecanismo creativo a ese elemento al que, de todas maneras, no tenemos más remedio que seguir lla-

mando "arte". Y eso, en principio, por una razón muy simple: porque el creador de "eso", en principio, vive en el seno de la historia. Hereda, pues, unos hábitos, de los que es muy difícil desprenderse, como de su propia piel... Basta pasar un poco la mirada por toda esta exposición para comprender cuánto ha tenido que aceptar y cuánto ha tenido que rechazar toda la historia de nuestras anteriores apetencias para llegar a crear eso que pretende estar al margen del arte...

Joaquín Pacheco

Galería Biosca (Madrid)

Lo que le pasa a Joaquín Pacheco —lo dice muy bien Bergamín en su prólogo— es que es un español. Es decir, que hereda una tradición de decir las cosas sin paliativos. Habría que decir otra vez, pero esta no es la ocasión, que ser español, en arte como en todo lo demás, no es una cuestión metafísica, sino, simplemente, histórica: que no hay una "veta brava" metida en la sangre, sino metida en la historia; que la violencia de

No deja de aferrarse a la realidad y a la autenticidad. Realidad y autenticidad están hoy en discusión. En este breve libro-coloquio, Lukacs trata de algunos temas puramente actuales. Su idea de las manipulaciones de la democracia y del capitalismo es esclarecedora. En una de las conversaciones Lukacs describe la etapa actual como la del predominio de la plus valía relativa. «La explotación de la clase trabajadora se desplaza cada vez más acusadamente desde la posición de la explotación a través de la plusvalía absoluta hacia la explotación a través de la plus valía relativa, lo cual significa la posibilidad de incrementar la explotación a medida que el nivel de vida de los trabajadores se vaya elevando». El problema de la alienación en su conjunto adquiere una filosofía totalmente nueva. Cuando Marx escribe los «Manuscritos económico-filosóficos», la alienación de la clase trabajadora significaba de manera inmediata un trabajo degradante hasta un nivel poco menos que animal... En la época de plus valía absoluta, la lucha de clases se ordenaba hacia la creación de las condiciones objetivas para alcanzar una vida llena de sentido. En la actualidad, con la semana de cinco días y un salario adecuado, pueden aparecer ya las primeras condiciones para una vida llena de sentido, presentándose al mismo tiempo el problema de que esa manipulación que va desde la venta de cigarrillos hasta la elección presidencial levanta un tabique de separación interior entre el hombre y esa vida llena de sentido». Se trata de «dirigir las conciencias». En el mundo comunista, la supervivencia del estalinismo representa aún ese muro. «Tan solo sobre la base de la liquidación del estalinismo se pueden realizar hoy día en los países socialistas aquellas tendencias vitales que dan sentido a la vida, las cuales podrían surgir en el socialismo con mayor claridad y antes que en el capitalismo. Sin embargo, tales tendencias han sido frenadas por el estalinismo y por la forma, estalinista también hasta el momento, de superarlos». «En la clase trabajadora se observa hoy un retroceso de la conciencia... De cualquier forma, está claro que con ello no ha cesado la lucha de clases económicas... Así pues, la idea de que la clase obrera ha dejado de ser un vehículo de la lucha contra las formas capitalistas de la explotación es falsa».

«En el aspecto de la relación del hombre individual con su base económica y con las consecuencias ideológicas de esta situación, nos hallamos ahora en una fase de transición. El marxismo, por culpa del largo período de dominación del estalinismo... no tiene aún capacidad para responder, con argumentos claros, de base científica, a todas las cuestiones planteadas por esta nueva fase». Lukacs siente que en el movimiento comunista falten hoy dirigentes capaces de convertir el estado actual de la teoría marxista en acciones políticas. Cualquier movilización de masas es hoy enormemente compleja, aunque sólo sea por el hecho de que las masas actuales son enormemente más numerosas que las conocidas hasta ahora. Hay acciones espontáneas de oposición, pero carecen de una «dinámica permanente». Lukacs apunta la posibilidad de que esa dinámica pueda ser más bien obra de un «movimiento» que de un «partido», lo cual podrá, sin duda, atraerle nuevas condenas. En el «balance provisional» que cierra el libro es algo más explícito sobre esta idea: «Tenemos que romper definitivamente con los conceptos erróneos surgidos en los frentes populares estalinistas, a saber: que todos los que no suscribían determinadas proclamas eran ya por ello reaccionarios totales. Un frente popular... sólo es posible si los elementos conscientes combaten hombre con hombre según las capacidades de cada cual y se critican al mismo tiempo entre sí». ■ E. H. T.

Novela polémica

Es bien conocido Francisco Umbral como ensayista —Larra, Lorca, Valle...—, como narrador —cuentos y novelas— y como periodista de costumbres —«Amar en Madrid», en estas mismas páginas—. Bien conocido y con amplio margen de crédito entre la crítica. Umbral tiene por oficio uno de los más difíciles de hoy: el de profesional de la literatura. Esta condición le impone sus normas: el rigor en el estilo, el cuidado de la palabra, la dedicación perseverante. Como resultados más



positivos, hemos de anotar su brillantez y su fecundidad.

Umbral acaba de publicar una nueva novela de largo título: «Si hubiéramos sabido que el amor era eso» (Ediciones Literoy, Madrid), que ha desconcertado a algunos de cuantos siguen su tarea. Como toda obra de concepción original e inesperada, su aparición ha determinado posiciones extremas por irreflexivas, apasionadas actitudes precríticas. Se la condena o se la ensalza, sin entrar en su análisis, con idéntica gratuidad.

En efecto, «Si hubiéramos sabido...» se instala fuera de las tendencias en boga: no hay en ella ni naturalismo costumbrista, ni objetivismo, ni erotismo, ni socialismo. Constituye una historia de amor que se plantea como un ensayo novelesco. Umbral verifica en ella las pruebas de método necesarias para introducirse en una posible vía nueva. Es, pues, una novela experimental donde se ensaya la efectividad de una estructura total en la que se integran situaciones parciales también originalmente estructuradas, prescindiendo de elementos de circulación corriente dentro del género e incorporando otros pertenecientes a géneros distintos; por ejemplo, el elemento poético, factor esencial en el andamiaje de la obra. «Si hubiéramos sabido...» es una novela audaz y arriesgada que escapa a las preceptivas de moda para aventurarse en una trayectoria incierta. La voluntad de

experimentación y el rigor del oficio de escritor de Umbral elevan la dignidad de la obra, la salvan de la caída en la banalidad y le confieren un indiscutible valor en un momento en que resulta indispensable

resolver con enérgica terapéutica la postración que aqueja a la novela española. Entendemos que así hay que medir su calidad. No hay que olvidar tampoco la brillantez con que está escrita. ■ E. G. R.

El caso Alfaguara

A falta de un Lera, un Cunquero o un Séndler, el premio Alfaguara ha quedado desierto. El caso es infrecuente, si hacemos excepción de un Biblioteca Breve, premio que, por otra parte, se inscribe en un estilo distinto a los tradicionales. Si algún genio de la publicidad se hubiese roto el cerebro buscando una fórmula barata y novedosa para revitalizar un concurso que iba retrasado respecto a sus dos hermanos mayores no habría hallado otra mejor que ésta. Un jurado inapelable (¿también infalible?), cuya honestidad nadie discute, ha decretado que ninguna de las novelas presentadas tenía nivel para el premio. Desconocemos el aparato de medida utilizado para averiguar este nivel; pero parece lógico suponer que será la comparación con las obras premiadas en años anteriores. ¿Todas las presentadas éste eran inferiores a ellas? Basándose en algunas opiniones que hablaban de que no era la novela lo que estaba mal, sino las editoriales, se concluye en un rumor donde se dice que no ha sido la calidad de las novelas, sino la aventura editorial que supone lanzar una obra nueva a la calle, lo que ha motivado este fallo insólito. La publicación de la obra de Vaz de Soto, vencedor moral, y, si es posible, las de Padilla y Chamorro, cortarían estas especulaciones que abren una grieta más en el ya de por sí cuarteado mundo de la narrativa española.

La nueva esencia del cristianismo

El libro comienza por un estudio preliminar que abarca un centenar de las páginas totales. Es una introducción escrita por un buen teólogo español, el padre Eusebio Colomer, S. J., buen conocedor del pensamiento actual, y que sabe centrar y valorar las afirmaciones de Hamilton para que el lector español no especializado las asimile mejor. Esta introducción resulta francamente interesante.

El autor del libro es el famoso teólogo norteamericano de la llamada «muerte de Dios», William Hamilton. Piensa que se necesita un viraje de 180 grados en la teología, porque la cultura actual así lo exige. Y es partidario de hacerlo sin temor alguno, aun exponiéndose a fracasar en el empeño, como él, a los siete años de publicado este libro, aseguró valientemente que le había ocurrido.

Las lecturas que utiliza Hamilton son muy variadas. Lo

mismo cita a teólogos católicos, como el padre De Lubac, S. J., que a novelistas, como Dostoievsky; a autores teatrales, como Samuel Beckett, o literatos, como Albert Camus.

La obra aborda, desde un punto de vista muy radical, los tres problemas básicos del cristianismo: Dios, Jesús y la vida. Este libro es un dato sintomático de la desorientación en que se encuentran hoy los creyentes en un mundo cambiante, y, por eso mismo, resulta tan interesante su literatura.

Tras muchas sugerencias importantes, el autor da la sensación real de haber dado un paso adelante, pero quedándose todavía demasiado en la superficie de las cosas, porque después de la crítica que hace habría que construir algo, y estos teólogos como Hamilton no han sabido hacerlo, a pesar de su buena voluntad. ■ E. M. M.

W. Hamilton. La nueva esencia del cristiano». Ed. Sígueme, Salamanca.